



sistian en una porcion de cofres, que llevaban los hombres sobre la cabeza, llenos de ebales, de telas y de perlas; otros llenos de azúcar y de confituras; despues llegaban dos mulos cargados de frutos. El segundo presente fué el del príncipe de Hamadan, hijo mayor del rey; este se componia de armas blancas, de lanzas y armas de fuego, con un convoy de cien camellos y mulos. El tercero fué el del príncipe de Gezd, compuesto de chales y de telas de las manufacturas de su capital. Despues el presente del príncipe de Mesfed, y por último, el de Hussein-Kan, el más precioso de todos, que consistia en cincuenta mulos cubiertos de chales finisimos de Cachemira, llevando además cada uno de carga mil tomans (nueve mil duros próximamente).

Segun el bajo relieve, no es probable que las naciones por sí mismas enviaran sus presentes, sino por sus gobernadores ó satrapas en sus nombres. Lo que, sin embargo, viene á ser lo mismo en la representacion, pues que los enviados y todo su séquito eran recibidos por el pueblo. El que tenga un conocimiento exacto de los distintos trajes y peinados de Oriente, podrá, comparándolos con las indicaciones de Herodoto en su gran lista de las naciones del ejército de Jerjes, darnos tal vez algunas noticias, sin las cuales no pueden evidenciarse, y ni siquiera ser posibles, á menos que no se quiera recurrir á fútiles conjeturas. Nos limitaremos, pues, sin entrar en pormenores, á hacer algunas observaciones generales, que basten para poner fuera de duda la precision de nuestras explicaciones. Lo que prueba la diversidad de sus trajes, es que son pueblos diferentes. Pertenecen á las comarcas más diversas y hasta opuestas. Son de países muy cálidos y muy frios. Vemos, por una parte, á un personaje que está vestido de forros de pieles (1), á otro que por todo vestido lleva un delantal con que se cubre el bajo vientre (2). La mayor parte llevan vestidos largos y anchos, al paso que otros los llevan muy estre-

(1) Chardin, t. LVIII, J. H.

(2) *Ibid.*, F. S. Es muy oportuno advertir aquí, que el enviado, que por lo demás no se distingue en nada de sus compatriotas, estaba, sin embargo, completamente vestido, probablemente porque así lo exigia la decencia. Tal vez sea un embajador indio, lo que parece confirmado por sus presentes, que se componen ó de vasos puestos en una balanza, y que estarían llenos de oro, ó de adornos, ó últimamente que fuera el presente de un asno salvaje, animal preferido para las cazas reales, y el cual está bien representado; de tal suerte, que es difícil, segun Porter, desconocerle.

chos. La misma observacion se puede hacer por lo que hace á los pantalones.

Los hay que los gastan anchos y largos, segun nos lo asegura Herodoto, y que eran traje habitual de los medas y otras naciones (1).

La más importante variedad, sin embargo, está en los peinados, que son el adorno principal de los orientales. Pero la falta de datos sobre las modas que reinaban antiguamente en este género, nos impide dar sobre esto noticias positivas. Las descripciones exactas de Porter, no las podemos aceptar sin reserva; porque demuestran que los peinados de los personajes de la série superior no están ya reconocibles, y que, por lo demás, es necesario dar bien poca fe á los dibujos de Chardin y de Herodoto.

En su lista de los pueblos del ejército de Jerjes, hace indicaciones muy exactas; pero como no describe otros peinados que los cascos, no podemos hallar ningun punto de comparacion para los que nos ocupan.

Los presentes que hacian las naciones pueden dividirse en algunas clases generales. Estas son: 1.ª, vasos de diferentes formas, tales como se ven hoy en Oriente; debemos suponerlos llenos de perfumes y de otros objetos preciosos; 2.ª, vestidos, como chales, trajes, forros de pieles; 3.ª, objetos de adorno, como collares y brazaletes; pues así es como se explican las serpientes pequeñas con que se adornan muchas personas (2); 4.ª, otros diversos objetos, á excepcion de las armas; frutos preciosos, especialmente confitura, á juzgar por la forma de algunos vasos donde se los conserva ordinariamente en Oriente; y por último, animales, como caballos, camellos, bueyes, mulos, ovejas, hasta el asno salvaje domado y llevado por el ronzal. Todos estos animales están allí representados en su forma natural, sin ornato de fábula. Los caballos están libres ó unidos al carro. El caballo meda de parada, no es posible desconocerle en la segunda série. Se concibe que cada animal representa un cierto número de su especie. Los restos de la série superior contienen aún, segun Nieubuhr (3), la imagen de un leon. Todo esto está conforme con las costumbres del Oriente, y especialmente de los persas. Los animales salvajes y domésticos, eran comunmente ofrecidos como presente al rey. Los unos se guardaban en los grandes bosques para la caza, ó bien como cu-

(1) Nieubuhr, p. 133.

(2) Chardin, M. y N.

(3) Nieubuhr, I, c.



riosidades (1); los otros servian de parada para propagar la raza.

Habia satrapias, como por ejemplo la Cilicia y otras, donde un cierto número de caballos constituian parte de los tributos anuales (2); los demás objetos de que hemos hablado, se dan aún en nuestros dias como presentes en Oriente: así parece probado por la descripción del cortejo de año nuevo de Morier. El orden de los grupos muestra evidentemente que estos presentes estaban destinados al rey, y no, como pensaban Chardin y otros escritores, en sacrificios hechos á las divinidades.

El enviado de cada nacion va á la cabeza: no lleva nada por sí; pero hace que los otros lleven los dones detras de él en ambas manos; pues así es como los presenta siempre. El ceremonial es en la actualidad el mismo en Constantinopla que en todas las córtes de Oriente (3). Cada diputado es conducido de la mano por un maestro de ceremonias, que lleva una varita. Otro uso completamente persa. La varita era en tiempo de los persas el distintivo de aquella clase de oficiales de la córte, que se llaman entre los griegos *portadores de las varillas ó de los cetros*. Nadie podia ponerse á la presencia del rey sin ser presentado por ellos. Por lo demás, su traje era completamente igual al de los otros oficiales de la córte, á no ser que alternaran con el meda y el persa. El cetro es su sola distincion.

El número de grupos de la reunion le ha fijado Porter en veinte, comprendiendo en estos, dos que no son visibles en el dibujo. Parece que quiere guardar analogia con las veinte satrapias, en las que Darío, hijo de Histaspes, dividió el imperio. Nada adelantamos con la determinacion de cada una de las satrapias, porque no podemos suponer sea el mismo orden que en tiempo de Herodoto; pero esto nos hace conocer el período del reinado de este monarca. Bajo este concepto, es de notar que los trajes persa y meda se encuentran juntos el uno al lado del otro, en la representacion de la córte, y que en la reunion alternaban regularmente con los maestros de ceremonias. Toda la escena está caracterizando la época *medo-persa*. Concluiremos la explicacion de los dos citados grandes bajo-relieves, observando que el lugar

(1) Ctesias, segun Elias, 4, 21; Jenofonte, Ciro, p. 1, *Op.*, p. 14, etc. Véase también de la audiencia en la córte de Persia moderna, en Kaempfer *Amonit, Exotica*, p. 216, etc.

(2) Herodoto, III, 90.

(3) Véase Brissón, 309, etc. Ciro tenía 300 de estos servidores.—Jenofonte, pág. 215.

asignado á cada uno de ellos parece escogido á propósito. La representacion de la córte está á la izquierda del que entra, es decir, al lado de honor, siguiendo el uso de Oriente (1); la de los súbditos que llevan los presentes, está á la derecha, es decir, al lado menos honroso. No se puede creer que esta disposicion fuese simplemente efecto de la casualidad. ¿Y qué asuntos más convenientes hubieran podido elegirse para esculpirlos sobre aquellas paredes? ¿Qué objetos hubieran podido ser á la vez más sencillos y más expresivos?

Siguiendo las dos escaleras, se ve una porcion de hombres armados, en posicion, como sus armas demuestran, que forman parte de la guardia de honor del rey. Los del lado derecho, por donde va la reunion, están armados de píca á cabeza, en lo que hay conformidad con un cortejo tan solemne. Tienen en un todo igual el vestido y el peinado al de los medas; pero sin los collares y demás adornos que tienen los oficiales de la córte. Tienen en ambas manos una larga lanza apoyada sobre la tierra. La aljaba pende de sus espaldas y el arco no está en su caja, sino atado al lado izquierdo de la espalda. Los militares del lado izquierdo están vestidos y armados más sencillamente; no tienen más que una lanza, sin flechas y sin arcos; tienen la cabeza ceñida con una cinta. Todo esto está conforme con la etiqueta de la córte de Persia. Los guardias de honor del rey formaban un cuerpo muy numeroso; los griegos les llaman *doryphores*, portadores de picas.

Algunos autores creen que este cuerpo es el mismo que el de los diez mil inmortales. Custodiaban continuamente todas las entradas del palacio. Se cree que Ciro les dió el uniforme meda, con el cual aparecen allí. En cuanto al rango y dignidad, era el primer cuerpo.

Por las descripciones de los griegos se ve que habia también otros cuerpos, como el de los *dichmophores* ó portadores de lanzas de los más distinguidos. No nos atrevemos á decidir si esta diferencia tiene lugar en nuestras esculturas, y si los que están armados únicamente con una lanza al lado derecho, pertenecen á los últimos (2).

En el lado superior de la muralla se ve repetida cuatro veces la escena del *leon destrozando al unicornio*. Se trata de saber si estos combates de animales son simples adornos, ó si encierran algun sentido alegórico. Nos inclinamos

(1) Jenofonte, *Cyrop.* op., pág. 220. Esta costumbre traía su origen de que el lado izquierdo estaba sin defensa, y de aquí que fuera el de la confianza.

(2) Véanse los pasajes de Brissón, págs. 270, 280.





ríamos á creer lo primero, si los persas hubiesen conocido, como los romanos, los combates de animales salvajes. Pero aunque la caza haya sido uno de los principales placeres de sus reyes, sin embargo, no se hace mención de semejantes combates en su imperio. Es necesario, pues, creer que había en estas representaciones un sentido más profundo. Hemos demostrado más arriba, que el unicornio es el símbolo de la fuerza y de la velocidad. Si al león se nos representa, por el contrario, como á imagen de la soberanía, así en Oriente como en Occidente, y principalmente en la Persia, ¿no sería la explicación más sencilla, de que nada puede resistir al poder de los soberanos de la monarquía persa, y que aun la mayor fuerza debe ceder ante él? Si el unicornio representa un imperio determinado, como pretenden algunos autores, según Porter, el de Babilonia, ¿por qué se repite cuatro veces esta representación, cuando hubiera sido más natural representar entonces varios imperios? No queremos participar de la opinión de que esta representación significaría la victoria del príncipe bueno sobre el malo, porque nunca se ha empleado entre los persas el unicornio como símbolo del mal.

Las escaleras nos llevan naturalmente al segundo piso, el que por su magnificencia y grandeza ofrecía en otros tiempos uno de los aspectos más majestuosos. «Nada, dice Porter, produce más emoción que la vista de aquellas tan grandes ruinas, tan magníficas, tan derruidas, tan desvastadas y tan desiertas; donde los descendientes del gran Ciro tenían en otro tiempo su corte, y donde Alejandro celebró sus triunfos (1).» El primer objeto que llamaba la atención del observador, era un peristilo de los más grandes, rodeado de pórticos secundarios por delante y por los costados. Estos últimos estaban sostenidos cada uno por doce columnas; en medio estaba el gran peristilo, sostenido por treinta y seis columnas. Las columnas de los pórticos laterales tienen cada una sesenta pies, y las del peristilo central cincuenta y cinco. Todas son estriadas, y tienen chapiteles formados con cabezas de caballos, ó según Porter, de toros (2), que se tocaban por el cuello, pero de manera que dejaban un espacio entre sí.

(1) El espacio de esta plataforma mide, según Porter, 350 pies por Norte á Sur, y 330 de Oeste á Este; II, pág. 632.

(2) Porter, I, pl. 45, etc. No se concibe cómo este autor ve aún aquí cabezas de toro, siendo así que estos animales no tienen cuernos, y cuando la cabeza, el cuello y el casco revelan el caballo, y hasta las bridas están marcadas.

Según el examen hecho por Porter, estos espacios estaban destinados á recibir las vigas, y á que las columnas pudieran llevar un cielo raso, probablemente de madera de cedro, para impedir los rayos del sol. Lo mismo se haría en las partes laterales por medio de cortinas, según está descrito en el libro de Esther (1). «Del vestíbulo pendían telas blancas, encarnadas y amarillas, bordadas con franjas de lino y de grana, sostenidas por anillas de plata sobre las columnas de mármol. Los bancos eran de oro y plata, puestos sobre el pavimento, de mármol verde, blanco y negro.» No existe ya nada, es verdad, de estos bancos; pero debemos hacer una observación de Porter, muy interesante: Los pedestales de las doce columnas centrales del gran pórtico, eran todos de algunos pies más de elevación que los demás, y hacían ver muy á las claras que allí había habido un camino elevado, que no había podido tener entonces otro destino que el sostener el trono real. Era natural que el asiento del soberano se hallase sobre un sitio elevado; pero ya probaremos que esto había tenido lugar también entre los persas. No puede haber ya duda sobre el destino de este pórtico. El sitio, naturaleza y relieves de las escaleras, lo hacen ver claramente. Allí era donde se celebraban las grandes fiestas del imperio, donde el rey, rodeado de sus grandes y de sus oficiales, estaba sentado en su trono cuando los diputados de los pueblos venían á ofrecerle sus presentes. El aspecto de las esculturas preparaba á los enviados á la escena que les aguardaba. La majestad de las columnas debía llenarles de veneración, mucho antes que percibiesen al soberano en su esplendor. También en el resto del edificio de este segundo piso, como en el tercero, hay esculturas conservadas en sus paredes, que pueden darnos exactas noticias sobre su destino. La mayor parte nos las suministran completas cuando se conserva la idea, ya confirmada, de que se hallan en relación íntima con los lugares donde se los ve, y de que representan, en emblema, el verdadero fin del edificio ó de la sala (2). Lo más grande y más hermoso del resto del edificio, está también en el segundo piso, entre la serie de columnas y la montaña con los dos panteones. Forma un rectángulo de doscientos diez pies, y tiene á cada lado dos entradas, adornadas con

(1) Chardin, II, tab. 39, 1.

(2) Esta es todavía el uso en Persia, si se exceptúa solamente que la pintura ha venido á reemplazar á la escultura. Los objetos pintados en las salas del gran palacio de Ispahan, representan, en parte, los retratos de los reyes (Porter, I, 304).



bajos relieves. Las entradas por el Norte, más grandes que las otras, eran las principales. Delante de cada una de estas entradas se halla colocado, como guardian, uno de los animales maravillosos, de una corpulencia colosal, pero extremadamente mutilado. Los dos están vueltos al lado Norte, otros dos se encuentran en dirección opuesta, y distantes de los primeros doscientos setenta pies, y el uno del otro diez pies, formando así la gran entrada, por la cual se iba en otro tiempo á la corte del edificio. Los relieves de las dos principales entradas tienen repetida la representación, y dan ideas claras sobre su destino (1). El rey está allí en el apogeo de su gloria, dando audiencia á un embajador. Sentado en su silla real, véase á sus pies el escalón de oro que siempre llevaba á su lado (2).

Tiene en su derecha el cetro de oro, en su izquierda el vaso sagrado ó el cubilete *Hovan* (3) destinado á los sacrificios, y señalado al servidor de Ormuzd. Detrás de él hay un eunuco, que se le conoce por el vestido y por su figura afeminada, con la boca tapada, yevitando que las moscas molesten al rey.

Viene después el portador de armas del rey con su puñal y su arco metido en su estuche (4). Los dos guardias de honor aparecen allí en todo su esplendor y perfectamente bien armados, el uno con uniforme meda, y el otro con el uniforme persa. Forman cinco líneas una sobre la otra, y cada una compuesta de diez hombres, aparentemente en el mismo orden en que en realidad estaban ordenados (5). Delante del rey hay dos vasos sagrados, probablemente para incensar, y detrás de estos vasos está el embajador. Le han representado hablando, pero en la posición respetuosa en que siempre se acercaban al rey, puesta la mano en la boca, para que con su hálito no ofendie-

(1) Nieubuhr, tab. 29; Chardin, tab. 62.

(2) El sitio de los reyes de Persia, no era un trono, como nosotros nos lo imaginamos, sino una simple silla (*Difron* entre los griegos), que estaba tan elevada, que era necesario poner un escalón (*upopodion*) debajo. Era este de oro, y estaba cubierto con un magnífico tapiz. Bajo pena capital, nadie podía sentarse en ella. Véase Brisson, pág. 102, etc. Muchas veces se le ve sentado en ella, y siempre en la misma postura y exactamente igual á como está descrito. Véase Esther, 5, 1, 2.

(3) Zendavesta, III, 204. Jerjes se sirvió de él para ofrecer sacrificios al sol, y le arrojó después al mar en expiación. Herodoto, VII, 54.

(4) Estas son las armas del rey, pues que el portador de armas tiene además su propio puñal.

(5) Porter, I, pl. 49.

ra al monarca. Detrás de él hay otro eunuco con un vaso. Todo revela lujo y grandeza. Los ornamentos de las paredes por cima de los capiteles, representaban al unicornio y al león. El todo está adornado con una guarnición de rosas magníficamente trabajada. La figura que está sentada en la silla, no es otra que la persona real, lo cual queda demostrado por las razones expuestas hasta aquí. La siguiente observación hará disipar cuantas dudas puedan quedar, y tanto más interés tenemos en manifestarla, cuanto que ella nos lleva como por la mano nuevamente á la antigüedad de la Persia. Tan frecuentemente como el rey aparece en su silla, su figura está siempre representada mucho más grande que todas las demás.

«Cuando Ciro se presentaba al público, dice Jenofonte (1), su carro era dirigido por un gran cochero, pero todavía él le superaba. Esta idea era tan nacional en Persia, que los reyes llevaban un calzado particular, que hacía aparecer siempre al rey mucho más alto de lo que en realidad era (2). Por otra parte, también se le ve al rey aquí representado con todas sus galas. En la tiara y en los brazaletes se distinguen todavía las señales de los aderezos de oro. Precisamente en esta representación, es donde con más exactitud está representado el peinado artificial y la barba (3). Hemos ya dicho, que lo primero era una especie de peluca con bucles. El gran interés que aún hoy tienen los persas por que les crezca la barba, hace dudar si de la que se trata era natural ó artificial; pero es probable que al arte debiera su forma. Las representaciones de la corte y de la guardia, han echo ver que todo esto constituía entonces parte del traje real.»

La escena que acabamos de examinar estaba en las puertas principales, por las que entraba el embajador siguiendo el paseo de las columnas. En las puertas accesorias hay otra escena, facilísima también de explicar (4). El

(1) Jenofonte, *Cyrop.* VIII, Op., p. 215.

(2) Jenofonte, I, c, p. 206.

(3) La copia más exacta de este peinado, aunque en mayor escala, la tenemos en Morier. (*Viaje*, II, pl. I). La barba se la llevaba también en una bolsa. (Morier, II, p. 32). El esmero por la barba es hoy todavía el mismo; pero las pelucas son completamente desconocidas. Gran asombro causó en aquel país cuando un inglés se quitó la suya (Morier, I, p. 60). Los peinados artificiales han sido antiguamente muy conocidos en el Asia Meridional. Aún se conserva, según Nieubuhr, en las esculturas de elefantes en la India.

(4) Nieubuhr, tab. 30; Chardin, tab. 64; Porter, I, pl. 4.





embajador ya no está en ella; sólo hay la figura del rey en su trono como en la anterior; éste trono, ó bien la silla real, aparece llevada por tres filas de hombres, colocados el uno sobre el otro y con las manos levantadas, como cariátidas. Cada uno tiene su vestido y su peinado especial; es claro que deben representar otras tantas naciones diferentes, y que el todo es una imagen de la grandeza del imperio y del poder del rey. No nos determinamos á fijar estos pueblos, que son en número de catorce. Sus costumbres se asemejan á las de los de la gran reunión. Si tuviésemos los dos relieves completos, nos parecerían ser los mismos. Dos observaciones vamos á hacer en este lugar: 1.ª, que estando la primera figura en traje meda, prueba que los medas eran por su rango la primera nación, pero como las demás, sumisas al rey; 2.ª, que se ve claramente, según Nieubuhr, el perfil y los cabellos rizados y negros á una de las figuras inferiores (1). No parece sino que habian escogido los pueblos más apartados y los más principales para dar una idea de la grandeza y majestad del soberano. Al mismo tiempo que esto, nos prueba que estas esculturas datan de la época en que la dominación de los persas se habia ya extendido por el Egipto. ¿Qué ideas no debe, pues, concebir el historiador del comercio de los pueblos más remotos, cuando tiene representados en estos antiguos monumentos del Asia Oriental las naciones del interior del Africa?

Por cima de la imagen del rey se destaca una figura, que en la parte superior le parece en un todo; pero es alada y tiene su parte inferior envuelta en un ropaje, semejante al que usaban las mujeres del antiguo régimen. Esto es el *feroer*, tipo del rey, ó de Zoroastro. De ello hablaremos cuando tratemos de los panteones. Es, pues, evidente que no debe uno imaginarse un alma difunta, puesto que acompaña al rey durante su vida. Hay otro interés para nosotros, y este consiste en que podemos reconocer por medio de este mismo edificio y por los panteones las señales inequívocas de la religión de Zoroastro.

En el interior de este edificio se ven, como incrustados en las paredes laterales, algunos grandes nichos artísticamente trabajados. Actualmente se encuentran también de ordinario en los palacios de los grandes, aunque en menores dimensiones, y están destinados á sustentar los grandes vasos de flores, especial-

(1) Nieubuhr, II, p. 147; Porter, II, p. 670, hace notar lo mismo.

mente rosales, cuya vejetación es tan maravillosa en la Persia (1).

Las cuatro entradas laterales, dos á cada lado, tienen otros ornatos. En cada una de ellas se representa al rey en actitud de combatir con una animal salvaje. Que sea el rey y no otro ser superior, se prueba por la misma figura, que es puramente humana. El arte entre los persas no representa nunca seres superiores sin darles á la vez algunos distintivos sobrenaturales, tales como alas, etc. Los animales están de pie en su presencia. Con su mano izquierda coge á cada uno de ellos por el cuerno ó oreja, y con la derecha asesta su puñal en el pecho de los animales. El primero de éstos es el grifo (2); el segundo y tercero, se le asemejan; el cuarto parece un león.

La fábula del grifo se ha extendido, no solamente por toda el Asia, sino también por toda Europa, desde los tiempos más remotos. Sin embargo, en estas comarcas el maravilloso animal parece primitivo en su forma, y empezamos por reconocer desde entonces su verdadera patria. Pertenece como los demás animales á las montañas *báctrico-indias* y al inmediato desierto, tan rico en oro. Felizmente, se ha conservado su tradición y también la descripción del animal, tal como le vemos con todos sus pormenores en Ctesias. «El grifo, dice Eliano (3), es un cuadrúpedo de la India. Tiene uñas de león, pero su dorso es alado. Por delante es encarnado, con alas blancas y el cuello azul. Su cabeza y su pico son como los del águila. Hace su nido en las montañas y vivé en los desiertos, donde acostumbra guardar el oro.» La descripción de Ctesias es tan exacta, que en su misma figura es imperfecta. Podriase uno imaginar que habia copiado el estatuario, ó bien que el estatuario habia trabajado después que él, ó según su dictamen. El unicornio, símbolo de la fuerza, ha sido solamente adicionado. Del otro animal no se hace mención en ningún autor; pero tiene tanta semejanza con el primero, que debe pertenecer

(1) Porter, I, p. 671, ha visto un rosál cubierto de innumerables flores y de una altura de 14 pies. ¿Admirará ahora verles servir de ornamento en casi todas las esculturas?

(2) Porter, págs. 52, 53, 54.

(3) Elien, *Hist. univ.*, IV, 26. No se encuentra su imagen más que en Chardin, y no en Nieubuhr; pero hoy más exactamente lo vemos en Porter, p. 52. Con el nombre de grifo, véase el apéndice de Tychseu, de donde resulta que la palabra *grups* es de origen persa, y por la significación y etimología el *greig* de los alemanes.



á la misma fábula. Tiene también el cuerpo y pies de león, es también alado, y no se diferencia más que en la cabeza y la cola. La cabeza y la boca se asemejan á las del león, la cola es la del escorpión. Es á todas luces un compuesto de otros animales fabulosos, sin que se haya añadido la menor cosa. La cola de escorpión forma parte de la mitología *báctrico-india*; esto está confirmado más adelante por Ctesias, quien atribuye esta cola al martichoras, que no hay en nuestras esculturas (1). Se ve, pues, que el autor ha hecho una composición arbitraria, ó bien, que la fábula que ha seguido era completamente distinta. El tercer animal es también casi el mismo; pero no tiene alas, aunque está cubierto de plumas y tampoco tiene la cola de escorpión (2). El cuarto, completamente distinto de los precedentes, está copiado por Nieubuhr (3). Es probablemente un leoncito que el rey estrecha contra sí, más bien que combate con él. No podemos tomarle por un perro, á quien el rey protege como animal sagrado, según dice Rhode.

El dibujo es muy imperfecto para que podamos decirlo con verdad; por consiguiente, nos detendremos solamente en los tres primeros.

Ahora bien: ¿qué significan estas representaciones? ¿Son simplemente adornos, ó bien deberíamos buscar en ellas algún sentido alegórico? Nuestra primera idea era que el artista habia querido representar al rey como cazador, atrevido y de suerte. Ciertamente que militan muchas razones en pro de esta opinión. Ella responde al espíritu de Oriente, donde la caza y la guerra son ocupaciones tan honrosas la una como la otra, donde el gran cazador tiene una gloria igual á la del héroe, siendo la caza el ejercicio y la imagen de la guerra, y exige con frecuencia de los príncipes tan grandes preparaciones. Sobre todo, está muy conforme con el modo de pensar de los persas, que haciendo de la caza un objeto de lujo, no han renunciado por completo á sus primeras costumbres, á pesar de su civilización, bien adelantada por cierto. Veamos si no las descripciones de la *Ciropeia*, y recordemos también el epitafio de Darío, hijo de Histaspes. «Entre los cazadores, yo siempre fui el primero; hacia todo lo que queria (4).»

(1) Hé aquí por qué Rhode, p. 225, se cree con derecho á reconocer á este animal por el martichoras; pero le falta el carácter más distintivo, la figura humana.

(2) Porter, pl. 54.

(3) Nieubuhr, tab. 25, D.

(4) Strabon, pág. 1062.

El género de representación que nos ocupa es también análogo á la sencillez de esta explicación. El animal está siempre de pie delante del rey, quien le coge con una mano de la oreja ó del cuerno, y con la otra le asesta el puñal en el pecho. Los vestidos del rey difieren á lo más del vestido de la corte. No tiene tiara ni el vestido largo meda; no está armado como guerrero, según convendría al vencedor de su enemigo. Por el contrario, sólo se le ve con una túnica, y tiene los brazos desnudos, conforme lo exigían las ocupaciones de la caza.

Si renunciamos á esta explicación, es principalmente porque los animales que nos ocupan no son naturales, sino fabulosos, ó bien monstruosos, y tienen en verdad un sentido alegórico. El asunto mismo lo rechaza, porque es un combate y no una caza. Es con el puñal con que el rey mata al animal, y no con armas propias de caza. Admitiendo la alegoría, debemos determinar si su significación es histórica, ó bien religiosa. Los partidarios de la primera, ven en estos monstruos imperios ó pueblos vencidos, por analogía con los animales de Daniel, que representan las cuatro monarquías; pero no hay pruebas positivas con que demostrar que los derruidos imperios por los persas hayan sido representados con estos seres fabulosos. Además, en todos estos animales se reconoce el tipo del grifo, con algunas ligeras modificaciones. La representación de los diferentes imperios hubiera exigido la imagen de otras tantas especies de animales, lo que no se ha hecho así.

No hay más interpretación posible que la religiosa y política, á la que nosotros nos asociamos. El rey, como servidor de Ormuzd, debe combatir la creación impura de Ariman. A esta pertenecen los grifos, habitantes del desierto, y según Herodoto, guardianes del oro, terribles para el viajero que va en pos de su riqueza. Pero al mismo tiempo son la imagen simbólica de los *desus*, ó malos genios del imperio de Ariman. Esta es la representación del rey, que satisface á su deber como servidor de Ormuzd, y al combatirlas lucha contra el imperio de Ariman ó de la oscuridad. De aquí resulta, que estos combates del rey con los animales de Ariman, no tienen nada de comun con los combates, ya muchas veces repetidos y explicados, del unicornio con el león.

Así como las esculturas de las paredes prueban que este gran edificio estaba destinado á recibir los embajadores de los soberanos y de los pueblos extranjeros, así también el todo nos demuestra cuán convenientemente organizado y adornado estaba su conjunto. To-